

Jara Fuente, J. A. (Coord.) (2021). *Emociones políticas y políticas de la emoción. Las sociedades urbanas en la Baja Edad Media*. Madrid: Dykinson S.L. 229 pp.
ISBN: 978-84-1377-954-6/ISBN electrónico: 978-84-1122-031-6

Víctor MUÑOZ GÓMEZ

Author:

Víctor Muñoz Gómez
Instituto de Estudios Medievales y Renacentistas. Universidad de La Laguna (Santa Cruz de Tenerife, Spain)
vmunozgo@ull.edu.es
<https://orcid.org/0000-0002-6680-4103>

Date of reception: 22/07/22

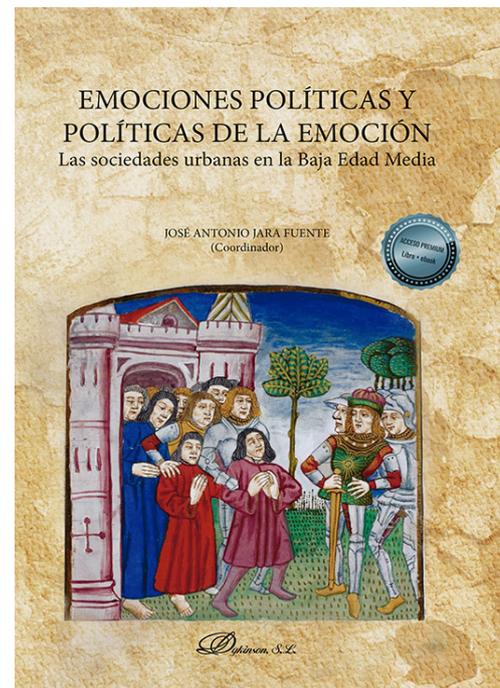
Date of acceptance: 05/10/22

Citation:

Muñoz Gómez, V. M. (2023). Book review: Jara Fuente, J. A. (Coord.) (2021). *Emociones políticas y políticas de la emoción. Las sociedades urbanas en la Baja Edad Media*. *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, (24), 239-243
<https://doi.org/10.14198/medieval.23197>

© 2023 Víctor Muñoz Gómez

Licence: This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License (CC BY 4.0).



El ámbito de estudio de la Historia de las Emociones fue una de las nuevas vías abiertas para la problematización y enriquecimiento del conocimiento histórico por las proposiciones de carácter girolingüista y postestructuralista planteadas desde finales del siglo XX y el inicio del siglo XXI. Su relación con los estudios medievales es más que notable, en la medida en que la influencia de las reflexiones teóricas de la estadounidense Barbara Rosenwein y de sus estudios pioneros a este respecto, centrados en espacios y temporalidades altomedievales (particularmente su *Emotional Communities in the Early Middle Ages*, Ithaca & London, Cornell University Press, 2006), ha sido fundamental en el desarrollo y maduración de este campo de especialización. Eso sí, es posible que las propuestas analíticas del giro emocional no hayan sido objeto de una atención consciente y sistemática dentro de los estudios medievales en España en estos últimos 20 años, muy particularmente por lo que

toca a la relación entre emociones, ejercicio del poder y relaciones políticas. Ese es el horizonte en el que se encuadra este volumen colectivo editado por José Antonio Jara Fuente.

La obra ha de ligarse, en todo caso, con experiencias previas en la investigación sobre las emociones y la dimensión política de las mismas en las sociedades medievales ibéricas, atesoradas por el coordinador de la misma durante la última década (“Amor, affectio, cupiditas...”, 2010; “Con mucha afecção e buena voluntad...”, 2010; “Sennores y espeçiales amigos...”, 2016; *Las emociones en la historia. Una propuesta de divulgación*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2020. En este sentido, no es descabellado señalar que este libro se propone ocupar un espacio temático y de discusión conceptual y epistemológica que coloque la materia de estudio emocional en el centro de los debates sobre política y poder en el Medievo hispánico. Para ello, se han reunido nueve trabajos de notable diversidad en su tenor, contextualización espacio-temporal, marco teórico, fuentes analizadas y metodologías aplicadas para ello. Encabezados por una pertinente introducción, el conjunto puede ser leído como un ambicioso ensayo de abordaje de las expresiones emocionales inscritas en los discursos políticos de las sociedades occidentales del final de la Edad Media y el inicio de Modernidad Temprana. Manifestaciones, al fin, especialmente evidenciadas en contextos de conflicto, desarrolladas en distintos escenarios políticos pero con una particular atención en la obra por esa expresión y disposición de las emociones en aquellos que afectaron a las sociedades urbanas medievales occidentales.

No es mi intención aquí glosar con detalle cada uno de los capítulos que componen la obra. Intentaré mejor tratar de sobrevolar las líneas de trabajo común y las aportaciones más generales –si bien, sin dejar de lado algunas específicas de calado– que, entiendo, se pueden encontrar en este libro. Es de justicia considerar el mayor espacio concedido a los contextos ibéricos (7 de las 9 contribuciones), con particular atención a distintos áreas territoriales y agentes político-sociales de la Corona de Castilla: 6 en total, 2 relativas a las regiones norteñas cantábricas, a cargo de Jesús A. Solórzano Telechea y de Sandra de la Torre Gonzalo y Jon Andoni Fernández de Larrea Rojas, respectivamente; 1 tocante al área manchega en la Castilla del sur, de la mano de José María Sánchez Benito; otra más referida a la frontera caliente entre Castilla y el sultanato nazarí de Granada, escrita por Juan Francisco Jiménez Alcázar y Gerardo F. Rodríguez; las otras 2 sin adscripción geográfica específica, las de Alicia Montero Málaga, sobre el vocabulario y las emociones en torno al desafío y la negociación entre grandes casas aristocráticas castellanas a inicios del siglo XVI, y José Antonio Jara Fuente, acerca de las construcción del orden y la unidad de la comunidad del reino en Castilla entre los siglos XIII-XV y el papel en ello del amor en un sentido político. Al estudio de Adelaide Millán da Costa, atendiendo marcadores emocionales en la comunicación política entre monarquía y poderes locales

en Portugal, se suman los dos últimos capítulos, que también se ocupan de la retórica emocional en las relaciones entre príncipe y ciudades en otras regiones del Occidente latino: el ámbito germánico, por lo que toca al lenguaje en la institución de pactos y ligas entre ciudades dentro del propio sistema político del Imperio, en términos de fraternidad y amistad, durante los siglos XIV-XV, como nos muestra Gisela Neagle; y los Países Bajos borgoñones, a los que nos aproxima Linde Nuyts con un estimulante estudio del Cancionero de Amberes de 1544. El arco cronológico en que se mueven el conjunto de los capítulos oscila entre el siglo XIII y las décadas centrales del siglo XVI. No obstante, es el siglo XV y los inicios del Quinientos la etapa mejor documentada en la obra, en virtud de los casos y las fuentes analizadas. Con todo, los contrapuntos no castellanos integrados en *Emociones políticas y políticas de la emoción...*, no solo por la ampliación del marco contextual sino también de la casuística, la tipología documental manejada y las hipótesis discutidas, dotan al libro de una notable armonía en el planteamiento de esa visión de conjunto antes señalada.

La lectura de los diferentes capítulos, en fin, invita a considerar la articulación de diferentes ejes interpretativos dentro del análisis del lenguaje de las emociones, núcleo del acercamiento metodológico general en el conjunto de la obra y que ya José Antonio Jara en su introducción nos avanza. Así, podemos contemplar cómo, en buena medida, estos ejes se despliegan en torno a pares conceptuales o temáticos confrontados. Así lo podemos apreciar en el estudio predominante, entre las emociones políticas posibles, del miedo y del amor y sus proyecciones y desarrollos vinculados: el temor o la desconfianza de una parte, la amistad o la lealtad, de la otra. Entendidas en términos fundamentalmente instrumentales a la hora de representar situaciones de conflicto, desacuerdo, ejercicio de presión o búsqueda de acuerdo y pacto, recorren el conjunto de la obra. De este modo, esas emociones aparecen como elementos de denuncia del abuso o el daño del adversario, de deslegitimación de este pero también como factores para invocar y reforzar la cohesión interna entre miembros de la comunidad, ciudades o parentelas coaligadas, súbditos y monarca.

Otro eje de notable interés a considerar es precisamente el del manejo del lenguaje de las emociones en esas dinámicas de conflicto y negociación, pudiendo considerarse de nuevo dos grandes pares. Por una parte, el referido a las relaciones de poder y su institucionalización entre el monarca y el reino, con particular atención a la capacidad de agencia y la interlocución entre el príncipe y las ciudades. Por otra parte, aquel en que la instancia urbana adquiere una posición de centralidad y fuerza en el rastreo de dichas relaciones de fuerza, bien entre los distintos agentes de sus sociedades políticas, bien en su interacción con los entornos rurales mediatisados por ella, bien en la confrontación y concordia con las aristocracias señoriales circundantes a esas áreas de influencia urbana. Cuando menos, un eje más conviene que ser traído a colación: el que tiene que ver con la construcción socio-histórica

de las emociones y de sus expresiones. Si este aspecto también es señalado en la introducción como una de las orientaciones dominantes en el estudio de la Historia de las Emociones, el libro tiende a colocarnos habitualmente ante, si se me permite, aun siendo consciente de la inexactitud del término, la siguiente confrontación en el orden de lo político. Por un lado, la existencia y representación de unas “emociones de los poderosos”, a la hora de instrumentalizar el amor, la amistad o el miedo al servicio del interés de la monarquía, de la aristocracia laica o de las elites urbanas. Por el otro, el desenvolvimiento de unas “emociones de la comunidad”, participadas pero también manejadas en el seno de las sociedades urbanas –e incluso del conjunto del reino–, capaces de vehicular los discursos de su relación con el territorio, los poderes circundante o el mismo monarca. Confluyentes en ocasiones, la atención a esto y a la colisión habitual entre los dispositivos de las diferentes –siguiendo el término de Barbara Rosenwein– “comunidades emocionales” que se intuyen, contribuye a enriquecer el campo de análisis de las relaciones de poder manejado por la historiografía medievalista hasta la fecha.

Trabajos como el de Linde Nuyts nos llaman la atención sobre la importancia de considerar aspectos como la oralidad o la performatividad dentro de los procesos en los cuales emociones y sentimientos convergen con otras expresiones de la comunicación simbólica en el marco del lenguaje verbal o de otros de carácter plástico. En cualquier caso, también nos colocan en conexión con algunas de las reflexiones que, en la introducción, José Antonio Jara realizaba sobre la definición de las emociones, su relación con los sentimientos y el lenguaje o los principales posicionamientos alrededor de su estudio, ya al considerar su carácter natural, ya al apostar por su conformación en términos fundamentalmente culturales, condicionados por los factores específicos de cada realidad social en el espacio y el tiempo. Reflexiones, al fin, que apuntan hacia sus problemas y desafíos.

No en vano, los desarrollos de estudio histórico explorados hasta la fecha en esta última línea del constructivismo socio-cultural para la Historia de las Emociones, muy vinculados a las proposiciones de Rosenwein, difícilmente pueden desligarse de la influencia de Bourdieu o de Foucault. De hecho, todavía menos pueden desprenderse de la dependencia establecida entre emociones, textos y participación-comprensión compartida de esos textos (y a partir de ellos, de las emociones), sustentada en la filiación entre el concepto de “comunidad emocional” y aquel otro de “comunidad textual”, manejado por Brian Stock (*The Implications of Literacy. Written Language and Models of Interpretation in the Eleventh and Twelfth Centuries*, Princeton, Princeton University Press, 1983; *Listening for the Text*, Baltimore, John Hopkins University, 1990) y otros especialistas preocupados por estos problemas de la composición narrativa de los textos en sociedades de predominante cultura oral. La consecuencia inmediata que se extrae de la aceptación de este aparato conceptual y los requisitos de su aplicación analítica es la dificultad a la hora de definir la

existencia de tales “comunidades emocionales”: su composición, dimensiones, elementos identificadores, convivencia en el tiempo y el espacio con otras, circulación de individuos entre ellas o pertenencia compartida a varias por una misma persona, amén de la propia dinámica histórica de surgimiento, transformación y disolución de las “comunidades emocionales”. Al fin, de establecer marcos explicativos comprensivos acerca de la historicidad de las emociones.

Estos y otros retos fueron ya en su momento apuntados por Peter Burke cuando se preguntaba si existía o incluso podía existir una verdadera Historia cultural de las Emociones (“Is There a Cultural History of the Emotions?”, P. Gouk, H. Hill (eds.), *Representing Emotions: New Connections in the Histories of Art, Music and Medicine*, Ashgate Publishing, Aldershot, 2005, pp. 35-48). El conjunto de investigadores liderados por José Antonio Jara en este volumen se muestran conscientes de tales dificultades. Por tanto, participar de una respuesta satisfactoria a ello desde la Historia Medieval hispánica es parte de la fructífera semilla que, a mi entender, siembra exitosamente este libro. Esperemos que en un futuro podamos seguir discutiendo sobre más propuestas en esta misma línea.